

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *La Adoracion de los Reyes*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*En tus dias* (poesía), por D. R. Serrano Alcázar. *Tradiciones Religiosas Vascongadas*, por D. Antonio de Trueba.—*Casarse por carambola* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Mi-caela de Silva.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 838.—*Grabado de Labores* núm. 57.

## LA ADORACION DE LOS REYES.



A festividad de los Santos Reyes es la última de esa sublime epopeya de fiestas con que celebra el orbe cristiano el Nacimiento del Salvador bendito, y como todas las demás, está principalmente consagrada á los tiernos niños.

¡Los niños! ¡Cuánta veneracion no inspiran esos débiles seres, llenos de candor y de inocencia hoy, que mañana acaso serán los apóstoles del bien ó del mal, los que transforman á su antojo la faz de las naciones! ¡Sí! Los futuros destinos de la tierra pertenecen á esa generacion que viene en pos de la nuestra. ¡Ah, dejadla que ria, dejadla que se divierta, antes que como Atalante tenga que sostener sobre sus hombros el peso de los mundos, y que rendida de fatiga gima y se lamente! ¡Dejad á los niños que se entreguen con cándida fé á las sencillas alegrías de la infancia! ¡Bendita sea la infancia! ¡Bendita edad de oro en que el espíritu duerme: en que se vive tan solo con el alma! ¡Edad saturada de místicas creencias, mecida por inefables ilusiones, ¡ah! por qué es tu duracion tan corta, por qué cuando terminas no termina contigo la existencia!

Reid, pobres niños, reid, antes que el dolor borre vuestras sonrisas, antes que las lágrimas anublen vuestros ojos... ¡Acaba de pasar la última de vuestras fiestas, gozad con su recuerdo!

Los Reyes del Oriente, que vinieron hace diez y nueve siglos á prosternarse ante la cuna del Mesias, emprenden todos los años la misma ruta para traer á los cándidos niños sus presentes.

Pero ya no vienen cargados de mirra, incienso y oro, sino de bellísimos juguetes y dulces maravillosos.

Para ellos trabajan millares de confiteros; para ellos, en las tenebrosas grutas de la Suiza y la Alemania, fabrican juguetes sorprendentes á la luz de sus lámparas nocturnas millares de trabajadores. ¡Quizás con el precio de esos ju-

guetes, una madre provee á la subsistencia de sus hijos; quizás un hijo amante, con su producto rodea de bienestar á sus padres ancianos y desvalidos!

¡Ah! ¡dejad á los pobres niños que se ríen, dejad que se diviertan, que su inocente y cándida alegría es manantial de muchos beneficios!

¿Pero no hay mas que risas, juegos y algazara en ese sublime cuadro de la Adoracion de los Reyes? No encierra acaso una severa lección para los ricos, que á veces desdeñan al pobre, y no ofrece tambien consuelos á este, que se siente humillado por la escasez de sus bienes, por la oscuridad de su origen?

La Adoracion de los poderosos Reyes del Oriente, venidos de apartadas regiones, para prosternarse ante la cuna del Dios niño, nacido en un establo, enaltece á los que nacieron como él en la pobreza, y que á imitacion suya llevan su pesada cruz hasta el Calvario!

¡A cualquiera luz que se contemplan los inefables misterios de Belen, ofrecen útiles enseñanzas á cuantos transitan por el áspero sendero de la vida, y llenan el alma de santidad y consuelo!

Este tiernísimo cuadro influyó sobre manera en el ánimo de la insigne Isabel la Católica siendo aun niña, y hé aquí lo que refieren viejas crónicas, relativas á este suceso.

Hallábase la Princesa en la imperial Toledo, y halagada por los homenajes tributados á su excelso origen, desvanecida por las alabanzas que prodigaban los cortesanos á su precoz talento, cedía muchas veces á las sugestiones péfidas del orgullo.

Un día, era la víspera de Reyes, salió montada en su caballo blanco á pasear por el campo, en union con otros niños de elevada alcurnia, y seguida de sus damas y escuderos.

El cielo estaba despejado, el sol cubría la tierra con sus



espléndidos rayos; pero no se reflejaba sobre los prados verdes y floridos, sino sobre una anchurosa sábana de plata, que centelleaba, despidiendo brillantes reflejos y cambiantes vistosos y peregrinos.

La risueña cabalgata llegó muy lejos, hasta los próximos montes; pero allí tuvo que detenerse, porque de dos altas vertientes se despeñaban las aguas, formando un anchuroso lago. No había medio de pasar mas adelante.

—Detengámonos aquí, dijo la Princesa niña, y juguemos en este precioso valle.

Bajaron de sus hacaneas y jugaron; pero las manecitas de la Princesa quedaron arrecidas y amoratadas por el frío. No lejos de allí brillaba una hoguera. Isabel, atraída por sus mágicos reflejos, halagada con la idea del suave calor que despedirían sus llamas, se fué acercando á ella.

La hoguera ardía junto al umbral de una pobre y desmantelada choza, y en su interior se veía una cuna, en donde entre humildes y rotos pañales, lloraba un niño casi recién nacido. A su lado una mujer, pálida, andrajosa y abatida, pasaba entre sus dedos descarnados las cuentas de su rosario.

Aquella mujer reconoció á la princesa por su rico traje, por su brillante séquito.

—¡Bien venida sea S. A. entre los humildes! dijo. ¡Ay, quizás su presencia en este sitio sea debida á un milagro de la Virgen mi protectora! Soy viuda, carezco de todo amparo; no tengo alimento para mí; no tengo alimento para mi hijo! ¡Apíadese S. A. de su desnudez y sufrimiento!

Diciendo esto la mujer, levantó á su niño en brazos y se acercó á Isabel; el niño, con la curiosidad propia de la infancia, alargó su manecita y tocó á los brillantes caireles del traje de la Princesa. Ésta se retiró vivamente, como si se creyese manchada con aquel contacto, y venciendo el orgullo á la compasión, hizo un gesto de supremo desden, y se alejó con aire desabrido.

Por la noche estaba con los otros niños contemplando el magnífico Nacimiento, colocado en su estancia desde Noche-Buena, y su ayo, que era un piadoso sacerdote, la explicaba con santa unción los misterios de aquellas escenas tiernas y conmovedoras. Llegó á la adoración de los Reyes, y quizás al intento, la demostró cuán grata era al Salvador divino la pobreza, supuesto que quiso adornarse con todos sus atributos, y qué ejemplo tan bello ofrecían aquellos magnates poderosos confundidos con los pastores, y adorando al santo Niño!

Al oír las palabras del sacerdote, Isabel se turbó, reconoció su falta, tuvo vergüenza de sí misma! Tan grande fué el dolor que sintió dentro del alma, que se retiró precipitadamente á su dormitorio para ocultar las lágrimas que inundaban sus mejillas. Pero no durmió en toda la noche, viendo siempre delante de sus ojos á la pobre madre, estrechando entre sus brazos al niño desvalido.

Por la mañana se levantó muy temprano, corrió al aposento de su madre, y la pidió una gracia.

Su madre la concedió cuanto quiso.

Aquella mañana misma volvió á la cabaña, y no solo dejó á la viuda una crecida suma, sino que, venciendo su repugnancia con admirable fortaleza, tomó al niño en sus brazos, y le mecía durante algunos instantes, llenándole de besos y caricias.

En pos de ella fueron los arquitectos mas notables de la corte, y en breves dias trasformaron la choza, convirtiéndola en una magnífica casa, y tras los arquitectos fueron los adornistas, que la convirtieron en un palacio. El palacio se llenó de servidores y el niño creció entre el bienestar y la ventura.

Mas tarde fué un teólogo, un teólogo sábio, lumbrera de la ciencia, uno de los varones mas insignes de España, por su santidad y buenas obras. Llegó á ser consejero de Isabel cuando ciñó la corona de Castilla, y él quizás fué quien la inspiró aquellos hechos gloriosos que tanto enaltecieron su reinado, porque la Providencia recompensa siempre con usura las acciones bellas y virtuosas.

Isabel pasó del orgullo á la excesiva humildad, y fué siempre la madre de los pobres, el amparo de los desvalidos.

Al pié de uno de los montes que circundan á Toledo, los aldeanos muestran todavía las ruinas de un anchuroso caseron, que llaman el *Caseron del Niño*, y refieren á cuantos quieren oírlo, su extraordinario origen.

¡Oh, vosotros los que sois ricos, honrad y enalteced á los niños, á los humildes, en quienes está personificado Jesucristo, y vosotros los que careceis de bienes de fortuna, elevad los ojos al cielo, buscad entre sus resplandores al niño Dios de Belén, y ayudadle con santa resignación á llevar su cruz hasta el Calvario, por que gozarán en su reino de riquezas inmortales los que aquí sufren, bendiciendo su pobreza!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### EN TUS DIAS.

La frente de los cielos  
El sol corona;  
En sus trenzas se esconde.  
La blanca aurora;

Y á su sonrisa,  
De sus labios de grana  
Se escapa el día.

Dan al mundo sus galas  
Aves y flores;  
Entonan sus cantares  
Campos y bosques;

Y en dulce ofrenda,  
Alborozan sus ecos  
Las arboledas.

Dime, prenda adorada,  
Luz de mis ojos:  
¿Cómo el sol tanto pule  
Sus rayos de oro?

¿Por qué, mi vida,  
Tan hermoso y sereno  
Despierta el día?

Mas ¡ah! que de las auras  
A los rumores  
Por las cumbres lejanas  
Sonó tu nombre.

Dulce amor mío,  
El mundo te celebra.  
¡Yo le bendigo!

Por eso en cuna de oro  
Vertiendo perlas,  
Sobre lecho de nácar  
El sol despierta;

Que en puro anhelo,  
Cuando rien los Angeles  
Gozan los cielos.

## II.

Suena el mar agitando  
Sus turbias ondas;  
Despliega parda nube  
Manto de sombras;

Los horizontes  
Sepulta en sus misterios  
La oscura noche.

No hay un rumor que suene  
Vago y perdido;  
El ave temblorosa  
Guarda su trino;

En sombra densa  
Callan, vacilan, duermen  
Las arboledas.

Dime, prenda adorada,  
Luz de mis ojos:  
¿Dónde del sol se ocultan  
Los rayos de oro?

¿Por qué, mi vida,  
en tinieblas de angustias  
Se pierde el día?

Mas ¡ah! que á los rumores  
De turbias ondas  
Vió la tierra tus ojos  
que ausencias lloran.

Dulce amor mío,  
El mundo al escucharte  
Pena contigo!

Por eso hundiéndose triste  
Su hermosa frente,  
Con fúnebre quejido  
La tarde muere;

Que en su desvelo,  
Cuando penan los Angeles  
Lloran los cielos.

R. SERRANO ALCÁZAR.

## TRADICIONES RELIGIOSAS VASCONGADAS. (1)

### La Virgen de Begoña.

#### I.

El nombre de la Virgen de Begoña resuena hace muchos siglos en toda la estension de los mares pronunciado por los marinos cántabros, para quienes es verdadera estrella de la mar aquella que brilla sobre una de las verdes colinas que señorean el valle del Ibarzábal.

En la falda meridional de la cordillera de Archanda, que resguarda por el Septentrion á la rica y hermosa villa de Bilbao, se alza un magnífico templo adonde con frecuencia suben en peregrinacion pobres y agradecidos marinos que no en vano invocaron á la Virgen de Begoña en las irritadas soledades del Océano. La fundacion de aquel santuario se pierde, como dicen los historiadores y arqueólogos, en la oscura noche de los tiempos. La primera mencion que los libros y manuscritos antiguos hacen de él se encuentra en la carta puebla de la villa de Bilbao, que es del año 1300, y en la que se estipula que «el monasterio de Begoña no ha de perder con la nueva poblacion nada de sus términos, diezmos y derechos (2).»

La tradicion señala un origen milagroso á la fundacion del Santuario de Begoña. En el sitio que hoy ocupa este santuario existió hasta el siglo pasado un espesísimo encinar, como que de esta circunstancia tomó nombre el pináculo de Artágan que le domina, pues *artágan* equivale á altura del encinar. La tradicion cuenta que la imágen tan venerada del pueblo que ocupa todo el litoral cántabro desde el Pirineo á Finisterre, se apareció allí en una encina.

Tratóse de edificarle un templo en el alto de la montaña, donde, sin duda muchos siglos despues, fundó San Vicente Ferrer una ermita con la advocacion de Santo Domingo. A la sombra de la encina donde se encontró el santo simulacro, hizose una capillita y en ella se colocó la imágen mientras se labraba templo mas suntuoso en el Somo.

(1) El autor de este artículo se propone ir escribiendo para el CORREO DE LA MODA las tradiciones religiosas mas notables de las Provincias Vascongadas.

(2) Llamábanse monasterios á las parroquias de Vizcaya, por estar edificadas en soledad, viviendo los curas como los anacoretas. Comunmente se llamaba á los servidores de los monasterios *abades y maestros*, y á los patronos ó fundadores, cuando eran legos, *abades monasteriales*.

Concluido este templo, determinóse conducir á él la imagen, para lo cual se congregaron todos los habitantes de las repúblicas comarcanas.

La solemne procesion iba á emprender la subida al Somo, y cuatro robustos mancebos sostenian ya en sus hombros las andas en que se habia colocado la milagrosa imagen; pero al ir á mover el pié los conductores, una voz dulcisima y al mismo tiempo imperativa que no podia proceder de garganta humana, salió de los labios de la imagen, dejándose oír en todas aquellas colinas ocupadas por la muchedumbre.

—¡Bego oñá! exclamó la santa imagen: es decir, quieto el pié.

Y la piadosa multitud comprendió que la Virgen queria que se le rindiese culto en el mismo sitio donde se habia aparecido.

Las palabras de la Virgen quedaron como apelativo de la sagrada imagen, y donde ésta se habia aparecido se construyó de nuevo un templo que subsistió hasta principios del siglo XV, en que su estado ruinoso y el piadoso deseo de erigir á la Madre de Dios casa mas digna de su grandeza movieron á demolerle para construir el hermoso que hoy existe.

Ya entonces, la celebridad del santuario de Begoña se extendia por todo el orbe católico, y una Bula pontificia, dada en 1538 y renovada en 1699, incorporó aquel templo en el de San Juan de Letran en Roma.

En torno del santuario de Begoña ocurrieron los episodios mas sangrientos de los célebres sitios de Bilbao durante la guerra civil de los siete años. Allí se ve aun un monton de ruinas, que son las del palacio del patron de Begoña, donde fué herido de muerte el célebre caudillo del ejército carlista Zumalacárregui, y el mismo santuario muestra aún en lo exterior de sus muros los estragos de la artillería y señales de los hornillos que se abrieron para volarle.

## II.

Los milagros que de la Virgen de Begoña se cuentan son innumerables. No escribo la historia crítica del santuario de Begoña, que escribo la historia popular llena de santas creencias que han dado al pueblo sencillo y nonrado mas consuelo y felicidad que toda la filosofía de los ateos. Creo en Dios como el pueblo para quien escribo, y me guardaré muy bien de apagar la antorcha de la fé, cuyo resplandor ahuyenta para este pueblo las tinieblas de lo porvenir y la negrura de los dolores y el trabajo.

No es esta ocasion oportuna para historiar los milagros de la Virgen de Begoña, consignados unos en la memoria del pueblo y otros en un libro tan lleno de buena intencion como falto de buen gusto literario, que escribió á fines del siglo pasado un fraile dominico llamado Tomás Granda. Proponiéndome solo referir compendiosísimamente el origen y la historia del Santuario de Begoña, solo referiré los del robo de las joyas, que tienen relacion con mi asunto, y que á la verdad constituyen una de las leyendas mas peregrinas de la fé popular.

En 1520 se demolió la torre vieja del Santuario de Begoña, y las campanas se colgaron de una gran encina, quizá aquella misma en que la santa imagen se habia aparecido muchos siglos antes.

Tres años despues estaban alzados los muros exteriores del templo, y aunque éste se hallaba muy lejos de su terminacion, la milagrosa imagen ocupaba ya su nuevo altar adornada con las preciosas joyas que la piedad del pueblo le habia ofrecido.

Un cantero de los que trabajaban en el templo concibió el sacrilego pensamiento de apoderarse de las joyas de la Virgen, que continuamente tenia á la vista durante su tarea.

Llegó la noche y el templo quedó sin mas guarda que una piadosa freila (así se llamaba entonces á las mujeres que cuidaban de los Santuarios) que cuidaba de él habitualmente y tenia su vivienda en las cercanías. El cantero, en lugar de retirarse como sus compañeros á descansar de las fatigas del dia, se escondió en el encinar que rodeaba el santuario, y allí perseveró en su horrible proyecto, hasta que creyó llegada la hora en que pudiera realizarle sin peligro.

Todo estaba en silencio y la luna se ocultaba entre negros nubarrones, como si no quisiese presenciar la sacrilega profanacion de la estrella de los mares.

El cantero arrinó una escalera al muro, subió á éste, alzó la escalera y la colocó por la parte interior, descendió por ella al templo, puso su inmunda planta sobre el ara, y á la pálida luz de la lámpara que ardía delante del altar, despojó á la Virgen de todas sus joyas.

Para que el sacrilego despojo fuera completo, solo faltaba ya al ladron despojar á la Virgen de su santa corona y llevó su mano á ella, pero en aquel instante una mano extraña asió su brazo y le detuvo.

La Virgen habia alzado su mano para detener el brazo del ladron, y éste, aterrorizado, desistió de arrancar la corona, y aun tuvo propósito de abandonar las joyas de que se habia apoderado. Entonces el brazo de la Virgen soltó el suyo y tornó á la posicion en que hoy le vemos.

El ladron dejó sobre el altar las joyas de que se habia apoderado y subió al muro resuelto á alejarse sin ellas; pero al tornar desde allí la vista al altar, vió brillar, heridas por la luz de la lámpara, los diamantes que hacia un momento habia tenido en su mano, y asaltado de nuevo por el demonio de la codicia, descendió otra vez al templo, cogió las joyas, salvó el muro, y tomó el camino de la villa á la luz de la luna que en aquel instante alumbraba con viva claridad.

## III.

El camino que descendia desde Begoña á Bilbao se dividia en dos al llegar á cierto punto, que creo fuese al llegar á las escaleras llamadas de Begoña, donde hasta nuestros tiempos existió un humilladero con una imagen de Cristo crucificado á la que iba unida una singular tradicion que he referido en los *Cuentos de vivos y muertos* con el título de *Mari-Santa*. Cuenta la tradicion que al llegar el ladron al humilladero de Mallona, vió de repente detenido su rápido y cauteloso paso por un rebaño de formidables

carneros que le embestian y herian con sus enormes cuernos, de tal modo que se vió obligado á volver atrás, tomando la direccion del Santuario.

El sacrilego determinó ir á ocultar las joyas al otro lado de la montaña en vez de ocultarlas en el valle del Ibaizábal, y atravesando el espeso encinar que rodeaba el templo, emprendió la subida al Somo.

Al llegar al sitio donde el Apóstol valenciano se hospedó y erigió la ermita á Santo Domingo, que es en la cumbre de la montaña en línea recta del Santuario de Begoña, se vió nuevamente detenido, pero entonces fué por muchedumbre de bravísimos toros, que dando furiosos resoplidos le acometían por todas partes.

Lleno ya de espanto, el sacrilego ladrón volvió cuesta abajo con ánimo de internarse en el encinar, tal vez con propósito de devolver al templo las joyas robadas, aunque lo mas probable es que solo fuese con la esperanza de ocultar allí su delito; pero por todas partes halló tan espeso el bosque, que no pudo penetrar en él aunque le rodeó todo y lo intentó por todos lados.

Cada vez mas desalentado y lleno de espanto, tomó una estrada (así se llama en Vizcaya á los caminos que corren entre los vallados de las heredades) que cruza por encima del pináculo de Artágan, y bajando al barrio de Ocharcoaga, entonces barranco desierto y morada de fieras como lo indica su nombre, que significa sitio de lobos, atravesó el collado de Zubiezu y descendió á la orilla del Ibaizábal siempre cargado con las santas joyas con las que creía ya poder salir de la república de Begoña que tiene allá su límite oriental, pero el cielo ó quizá su conciencia, habia puesto allí tambien un obstáculo á su paso, mas insuperable aun que el rio llamado por antonomasia rio ancho, que esta es la significacion de Ibaizábal. En Ibarzieri le atajó el paso un espantoso gigante que blandía con su escamoso brazo una espada de fuego.

El ladrón volvió atrás lleno de espanto, y se escondió en el cercano y espeso bosque de Palatu-zugasti al mismo tiempo que las campanas de Begoña comenzaban á alborotar la república tocando á rebato.

La república de Begoña se puso en conmocion al oír el toque de sus campanas á las altas horas de la noche, y los dos fieles que la regian, acompañados de todo el vecindario, corrieron al templo de Santa María.

Considérese cuál seria el asombro de la multitud al ver que las campanas pendientes de la secular encina se tañían por sí solas!

La escalera que el sacrilego habia dejado arrimada al muro, hizo sospechar el sacrilegio, y cuando los piadosos begoñeses vieron que la Santa Virgen habia sido despojada de sus joyas, prorrumpieron en llanto de dolor é indignacion, y se dispersaron en busca del ladrón, unos dirigidos por uno de los fieles, hácia la banda de Tranco, y otros, dirigidos por el otro fiel, hácia la banda de Ocharcoaga, pues la república está dividida en dos porciones cuya línea divisoria es la loma que parte del Santuario de la Virgen y termina en el somo de Santo Domingo.

Al llegar uno de los fieles á la torre de Zubiezu, que aun subsiste, si bien rebajados sus muros como los de la mayor parte de las que abundan en esta tierra solariega, el ladrón

le salió al encuentro y le entregó las joyas de la Virgen, resignándose á sufrir de la justicia de la tierra el castigo que merecia su enorme crimen.

Dos dias despues, el ladrón fué ajusticiado en la colina de Larria-gabúru (hoy el Morro), que era donde la república de Begoña hacia sus justicias, y como en el suplicio pidiese con copiosas lágrimas de contricion que se le sepultase en el templo que habia profanado, la justicia le concedió esta gracia, que se cumplió dando sepultura á los restos mortales del ajusticiado bajo el púlpito del santuario de Begoña.

La tradicion añade á estos maravillosos relatos que diez y seis años despues, al abrir la sepultura del sacrilego para enterrar en ella otro cuerpo humano, se encontró convertido en polvo el del ajusticiado, pero se conservaba incorrupto el brazo derecho que habia tocado la santa mano de la Virgen.

ANTONIO DE TRUEBA.

## CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuacion.)

D. Enrique apenas hizo caso de la noticia: ¿qué le importaba saber el paradero de la pobre gitana? El solo pensaba en el amor de una Reina?

Cerca del anochecer hallábase en los jardines del Monasterio, embebido en sus ideas y formando castillos en el aire, cuando sintió que le tocaban en el hombro; alzó la cabeza, y vió á una mujer cuyo rostro encubria el tupido velo, y cuya engalanada mano, que por mas señas, temblaba como la hoja del árbol, le alargó un papel, y huyó sin pronunciar una sola frase.

El Conde leyó estas palabras: «A media noche al pié de la terrado de la izquierda, en la tercer ventana del primer piso encontrareis una escala, subid.»

Don Enrique leyó dos veces el papel, creyendo que soñaba. Un escalofrio recorrió todo su cuerpo. Nunca hubiera osado imaginar una cita semejante.

Cuando llegó la hora de cerrar los jardines, retiróse, y al traspasar la última puerta tropezó con un bulto que apenas pudo distinguir, á causa de la oscuridad, porque ya la noche habia tendido su estrellado manto. ¿Quién vá? preguntó el Conde, mal humorado á causa del tropezon.

El bulto deslizóse sin responder, pero á la luz de un farol pudo el Conde reconocer la forma y los vestidos de una mujer, y aquella forma y vestidos eran los de Azucena.

A las doce menos cuarto se hallaba la reina Luisa en su dormitorio, á solas con la Duquesa de Monte Cano; las azafatas, despues de haber desnudado á su señora, y vestídola un deshanville de dormir, se habian retirado, por órden de la camarera mayor.

Luisa estaba medio recostada en el lecho, envuelta en una bata de cambray guarnecida de finísimos encajes, y la cabellera prendida en una red de malla, sujeta con cintas de terciopelo. Sus ojos volvíanse á cada momento hácia la esfera de un reloj, cuya manecilla señalaba la hora indica-

da, y seguía poco á poco andando, con esa lentitud que desespera á los que aguardan un momento vivamente deseado; del reloj pasaban sus ojos á un retrato de mujer colocado enfrente de su lecho, era el de una Princesa de su mismo nombre y apellido, que como ella ciñó la corona de Castilla, y cuya prematura muerte le había legado un aviso terrible. Así es que en vista de aquella imagen, sentíase dominada por un terror secreto, y parecía que la mirada seria y melancólica de Isabel Luisa de Orleans le reprendía mudamente; para sustraerse á la impresion que la causaba, saltó del lecho, calzóse unas zapatillas de terciopelo recamado, cubrió sus hombros con una manteleta de raso negro, y volviéndose á la camarera, dijo:—Vamos, Duquesa, vamos á tu habitacion. Van á dar las doce, y va á venir.

La pobre señora estaba de pié, apoyada en el respaldo de un sillón, trémula y repasando las cuentas de un rosario de azabache.

—¡Válgame Nuestra Señora de las Angustias! qué situación tan apurada! exclamó al oír el aviso de la Reina. Si V. M. oyera mis súplicas, en vez de ir á mi habitacion me ordenaria que fuese á retirar la escala. ¡Cuánto me pesa el haber consentido en esa locura!

—Ya es tarde para cejar, tranquilízate, yo respondo de las consecuencias. ¿Qué temes?

—¡Qué temo!.. V. M. no comprende todo el peligro á que me expone?... ¡Si la corte, si el Rey supiera que un hombre va á penetrar en mi cuarto escalando la ventana!...

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Solo tú, él y yo estamos en el secreto. Vamos, valor, no me ves á mí serena.

Y al decir esto temblaba dando diente con diente, y apenas podía dar un paso sin sentir que se le iba la cabeza; las dos cruzaron así las habitaciones que separaban el cuarto de la camarera mayor de la cámara de la Reina viuda, habitaciones que á la sazón se hallaban tan silenciosas como las celdas de los monjes; llegadas al cuarto de la camarera, ésta se dejó caer sobre un sillón, fatigada y anhelante como si hubiera corrido á pié desde Madrid al Escorial.

La Reina se acercó á la ventana, miró hacia fuera; la noche estaba oscura, negros nubarrones estendíanse por el espacio, el viento hacía rechinar la veleta de la torre, cuyo reloj dió las doce. Casi en el momento de dar la última campanada, oyóse la voz de un centinela que gritaba: ¿Quién vive? Una luz se divisó á lo lejos, y otra voz respondió: «La ronda de noche.»

La Reina sacó la cabeza, y á la débil claridad que á lo lejos esparcía el farol de la ronda, pudo vislumbrar al Conde apoyado contra el muro exterior del terradillo. Entonces ella sacudió la escala, y á esta señal apresuróse á subir por ella el atrevido galán; pero una brusca sacudida le obligó á detenerse, y una voz penetrante y rabiosa le gritó:—¿Adónde vas? Ingrato! Cuenta conmigo! Aquí estoy para seguirte!

Don Enrique de un salto se lanzó sobre Azucena, cogiéndola por el cuello, y con voz sorda la dijo al oído:

—Calla! ó te mato!

—A mí, Pepillo, á mí, gritó la gitana con voz doliente y sofocada.

Un bulto negro se alzó del suelo, y brilló luego una

cosa entre la oscuridad; al brillo siguió una detonación, era que avisaba un centinela disparando su fusil; á esta señal, acudió la guardia, la escena se iluminó de súbito con la luz de los hachones, abrierónse las ventanas del palacio, los de arriba miraron hacia abajo, los de abajo miraron hacia arriba, y todos vieron la escala que pendía de la tercera ventana del piso principal.

En el suelo yacía un cadáver, en el muro se apoyaba un hombre, al parecer herido y espada en mano, á su lado se retorcia los brazos una mujer, que gritaba como una loca; mas allá veíase á un hombre pálido como un espectro é inmóvil como una estatua; era el artista, que había seguido al Conde sin anuencia suya, y había llegado á tiempo de presenciar la tragedia, que no pudo impedir su vigilancia.

Todos fueron arrestados; el oficial de guardia, temeroso de la responsabilidad que pendía sobre él, hizo que avisáran inmediatamente al capitán de guardia y al Prior del Escorial.

La Reina, medio loca, llegó á su cámara seguida de la pobre camarera, que temblaba como los azogados.

Al estupor, al espanto, sucedió una mortal angustia; la Reina se dejó caer sobre su lecho, la Duquesa se ahogaba, sin atreverse á exhalar un gemido, por miedo que se despertara alguna camarista ó azafata de las que dormían en la pieza contigua; las dos alzaban los ojos y las manos al cielo invocando su misericordia; la dueña sobre todo, estaba fuera de sí.

—¡Tranquilízate! murmuró la Reina en voz apenas perceptible. ¡Oh, Dios mío! Como él viva, lo demás ya se remediará. ¿Qué temes? ¿Qué podrá suceder? Si te acusan, diré la verdad al Rey. Me harán volver á París sin viudedad, eso es precisamente lo que deseo. Te vienes conmigo, y punto concluido.

La triste Duquesa meneó la cabeza con aire de poca resignación; era española neta y mujer pundonorosa, por nada en el mundo hubiera querido abandonar á su patria.—Señora, dijo llorando, si me acusan de haber recibido á un amante por la ventana, me moriré de vergüenza, y mal podré seguir á V. M.

Algo había en lo que acababa de pasar que no podía la Reina comprender.—¿Quién será, decía entre sí, aquella mujer cuyos gritos vendieron al Conde? ¿Cómo es que no estaba solo? Esto la causaba una inquietud devoradora.

Antes que amaneciera hizo que la Duquesa se marchase á su cuarto, y cuando se vió sola tiró de la campanilla.

—¿Qué manda V. M., dijo la azafata, que acudió presurosa.

—¿Qué hora es? preguntó la Reina.

—Acaban de dar las cinco. Aun no han tocado á las Ave-Marías.

—¿Quisiera vestirme y oír la primera misa... ¿Quién la dice hoy?

—El reverendo padre Agrillo. ¿Tiene V. M. alguna orden que dar?

—No, vete, luego llamaré...

La pobre Reina reclinó la cabeza en las almohadas, y lloró amargamente. Todo la obedecía, y no era dueña de dar un paso, no podía ni siquiera preguntar lo que tanto la interesaba descubrir, y la incertidumbre la mataba; las an-

gustias de aquella noche fatal habian agotado sus fuerzas; el insomnio, la fatiga, el dolor la causaron una especie de entorpecimiento, y adormeci6se bañada en llanto.

## V.

Aquel mismo día, despues de la misa, el Rey se hallaba con su esposa en el salon de audiencia. Era difícil reconocer á un soberano en aquel hombre de aspecto triste y angustioso, de cuerpo demacrado y anguloso, y vestido con negligencia; de modo que á no ser por la venera que lucia sobre su justillo negro, se le hubiera podido equivocar con un meneztral, ó cosa parecida. Sus cabellos ralos y encanecidos, bajaban en mechones á rozar una gola no muy limpia, ó por lo menos, ajada por el continuo roce de una mano cuya limpieza no era intachable.

Apoyado en las almohadas que cubrian el ancho sillón en que se revolvía con una inquietud nerviosa, repasaba las cuentas de un rosario, profusamente guarnecido de medallas. Sus gestos y suspiros indicaban á no dudarlo, que se hallaba en uno de sus frecuentes accesos de hipocondría, durante los cuales el nieto de Luis XIV representaba mucho mejor el papel del enfermo imaginario, que no el de Rey de España y de las Indias. La Farnesio, sentada junto á él, parecia la sombra descolorida y muda del triste Monarca, que con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, aparentaba dormir con los ojos abiertos.

Este silencio duró media hora larga, y vino á interrumpirle un Gentil-hombre, que asomándose á la puerta del

salon, dijo:—Señor, la Duquesa de Monte Cano, á quien V. M. ha mandado venir, aguarda licencia para entrar.

—Qué pase, contestó el Rey, con indolencia.

Isabel Farnesio conoció que ya el Rey no se acordaba de la relacion que pocas horas antes le habia hecho ella misma del suceso de la noche anterior, y que la cólera que á duras penas habia podido apaciguar, se habia convertido en apatía. No era la Farnesio mujer que dejase olvidar un negocio que podia servir á sus particulares miras; deseaba poner en claro las sospechas que habia concebido, y de la relacion de la Duquesa dependía una venganza que deseaba, y no era fácil de conseguir; pues el blanco de sus odios y envidias se hallaba colocado á grande altura. Isabel Farnesio aborrecia cordialmente á su nuera política, que por algun tiempo se habia sentado en puesto mas elevado que el suyo, subiéndolo al trono, mientras ella quedaba reducida á ocupar el segundo lugar, cosa que la pareció una especie de usurpacion. Además aborrecíala por su belleza, por su juventud, y por el ascendiente que tenia sobre su triste suegro; pero, sobre todo, la queria mal por el partido que tenia en Madrid, cuyos habitantes corrian á verla pasar en el coche, y gritaban á voz en cuello: ¡Viva la francesita! Como antes habian gritado á la primera esposa de Felipe V: ¡Viva la Saboyana! En tanto que á ella nadie la victoriaba, porque la Farnesio no supo granjearse nunca el amor del pueblo.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

## LABORES.

Las de cañamazo han obtenido siempre marcada preferencia por las distintas combinaciones á que se prestan, la belleza de sus colores y la infinidad de objetos que con ellas puedan obtenerse. Un bordado en cañamazo Java ofrece hoy nuestro grabado en su modelo núm. 2; dibujo que puede destinarse para almohadon, corriéndole la cenefa en cuadro, y para tira de portiers, de silla, sobre cama, etc., copiando solo la cenefa en la otra tira perpendicular.

Se borda este dibujo con seda gruesa y medio torcida, azul, grana, negra y cordon de seda de este último color. El sembrado del centro es azul, los cuadros grana, y la cenefa se compone de un doble cordon negro sujeto por puntos nesgados azules, y en el centro de ambos, cuadros hechos con seda azul y cruces en los intermedios negras. El sistema de bordado que se emplea es un solo punto en cada trozo del dibujo.

El modelo núm. 1 que acompaña al que acabamos de explicar es un cuadro de malla bordado, labor que cada día obtiene éxito mas favorable entre las personas de buen gusto. Ese cuadrito de sencillo bordado puede servir para cubierta de acerico azul ó rosa, y uniéndolo unos á otros cuadros por medio de entredoses de malla, crochet, ó bordado, se obtendrán cubiertas de sillerías, cortinajes y otros mil objetos de tanto gusto como novedad.

Para ejecutar el cuadro que nos ocupa, deberá hacerse la malla con algodón, y despues hilvanar éste muy tirante á un marco algo mayor que el cuadro y forrado de bayeta, lo cual sostiene la malla tirante como en un bastidor: esto facilita extraordinariamente el bordado. Despues pasa á bordarse la malla siguiendo exactamente el dibujo cuadro por cuadro, y haciendo los mas tupidos á punto de zurcido, el fondo en sortijas que cada una pasa por cuatro calados enlazándose unas á otras, y finalmente ocho molinetes en cuatro cuadros cada uno, alrededor del motivo del centro.

Esta labor, una vez comprendida, es sencilla, fácil y de un efecto encantador. La única dificultad que presenta es los remates de las hebras en el bordado, para lo cual recomendamos poner las hebras algo largas y sujetos los cabos entre el bordado ó en los ángulos de la malla, haciendo la pegadura á larga distancia del sitio en que se va á bordar.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



## MODAS.

*Explicacion del Figurin, núm. 838.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tarlatana con viso de seda blanco, doble falda y adornado de volantes y bieses azules.

*Falda* de seda, y otra encima de tarlatana, terminada por tres volantes de tamaño graduado, con biés á la cabeza de los dos mas altos y del bullon que va sobre ellos: el resto de la falda va cubierto á regulares intervalos de bieses de tafetan: sobre-falda lisa de tarlatana, recogida á cada costado con un lazo azul.

*Cuerpo*, de seda blanco, de escote cuadrado y manga corta con bullon de tarlatana: un ancho biés orilla el escote, y otros mas estrechos cubren á listas el cuerpo, descendiendo los cabos sobre la falda, prolongándose en pequeña cola los de atrás. Igual adorno lleva la manga.

*Peinado*, de bandós retorcidos hácia abajo, avanzando mucho sobre la frente, y moña circular de cocas, de cuyo centro sale un grupo de sortigillas despeinadas. Tirabuzon á la derecha y cinta azul en la parte superior, que descien- de por la izquierda.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE COMIDA Ó SOIRÉE.—*Falda*, de raso color de oro, con estensa cola.

*Túnica-sotana*, escotada en cuadro y con manga corta, hecha de *failli* (tejido trasparente de lana y seda) blanco, orillada de terciopelo grana y piel de cisne: dos carreras de botones la adornan en todo su largo, y un encaje blanco forma la manga.

*Camiseta*, de tul, moteada de perlas con encaje y terciopelo grana, cerrando en el cuello.

*Peinado*, de rulós hácia el rostro, moña de cocas y cinta blanca y grana, ligeramente retorcida, sujetándola un esprit en la parte superior del peinado.

FIG. 3.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE 7 AÑOS.—*Vestido*, de seda grosella con ribete de terciopelo negro.

*Sobre-falda*, ondeada de alpaca blanca con biés grosella al canto.

*Paletot-peplum*, sin mangas y ondeado al canto en sentido inverso, orillado tambien de biés grosella.

*Gorrita* Enrique III, de terciopelo grosella, con pluma blanca.

AURORA PEREZ MIRON.

## NUEVO PROSPECTO.

Un periódico que cuenta largos años da existencia no interrumpida, sin alteracion notable en la forma ni en el fondo á no ser para mejorarle, no há menester de nuevo prospecto.

EL CORREO DE LA MODA nada diria por lo tanto á sus constantes suscriptoras al empezar el año de 1867, sin la necesidad de dar á conocer sus condiciones á las de *La Violeta*.

La ilustrada Directora de este acreditado periódico ha resuelto suspender su publicacion, y nos ha cedido el derecho de continuarla, refundiéndola en EL CORREO.

No por eso la Sra. D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar se despide de sus lectoras, antes bien, suponiendo que han de favorecer su recomendacion de continuar la suscripcion en EL CORREO, formará parte de nuestra Redaccion en union de las demás apreciables escritoras que la componen. Al efecto, dentro de poco tiempo daremos principio á su novela *La cruz del olivar*, escrita espresamente para nuestro periódico, y que no reproducirá en otra parte.

EL CORREO DE LA MODA, en el que han venido á refundirse varias y muy apreciables publicaciones, necesita responder en cierto modo á las condiciones especiales de algunas de ellas.

*La Violeta* y *La Educanda*, dedicadas mas especialmente á la educacion, cuentan entre sus suscriptoras un crecido número de maestras y de señoritas laboriosas: tambien las tiene EL CORREO, y en obsequio de unas y otras aumentará este año un grabado mas de Modas á los dos de Labores que ya repartia cada mes, porque el corte de vestidos constituye hoy una parte esencial de la enseñanza de la mujer.

Las señoras suscriptoras á *La Violeta*, cuyo abono no ha terminado, recibirán los números de EL CORREO DE LA MODA en su seccion general, pudiendo optar á las otras remitiendo á esta Administracion el exceso de precio. Las que renueven la suscripcion pueden hacerlo atendiendo á las condiciones insertas en la cubierta del periódico.

Todas las reclamaciones de pliegos de novela, números ú otras referentes á *La Violeta*, serán atendidas y servidas por esta Administracion, calle de las Huertas, núm. 37, cuarto principal.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID — 1866.  
IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.